

Antonio de Ciudad Real

“De cómo el padre comisario llegó a Campeche, y de el convento de Xequelchakán y del de Tixchel y de la Chontalpa”

p. 353-357

Antonio de Ciudad Real

Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes

Tomo II

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreas (edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

484 p.

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2811-7 (tomo II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_02/tratado_curioso.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

ta, hay desde el testero de la capilla hasta el fin de la ramada, doscientos y treinta y tres pies, y con ser tan larga y ancha como dicho es, cuando llega un día de pascua se hinche toda, porque es mucha la gente de aquella guardianía; está aquella capilla y ramaça en un buen patio, cercado de naranjos y aguacates, que tiene cuatro capillas, en cada esquina la suya, y todo con el convento está situado sobre un *ku* o *mul* de los antiguos. Moraban en aquel convento tres frailes, visitólos el padre comisario y detúvose con ellos aquel día y el siguiente.

[CAPÍTULO CL]

De cómo el padre comisario llegó a Campeche, y de el convento de Xequelchakán, y del de Tixchel y de la Chontalpa

Miércoles treinta y uno de agosto salió el padre comisario de madrugada de Calkiní, y andada una legua de razonable camino, aunque algo lodoso, llegó a un bonito pueblo de aquella guardianía, llamado Citbalché, donde le estaban aguardando los indios con muchas ramadas y dos danzas y música de flautas y trompetas; agradecióselo y pasó adelante, y andadas dos leguas largas de camino más enjunto, llegó al amanecer a otro pueblo de la guardianía de Xequelchakán, llamado Tixpokboc, donde fue recibido tan bien como en Citbalché y aún mejor; pasó adelante, después de haberles dado las gracias, y andadas otras dos leguas de camino muy lodoso llegó temprano a decir misa al mismo pueblo y convento de Xequelchakán, donde asimesmo se le hizo muy buen recibimiento; acudieron luego los indios con ofrendas de gallinas, iguanas y melones. Es aquel pueblo de mediana vecindad y está fundado en unas sabanas y llanos, no lejos de unas serrezuelas que tiene a la banda del sur. Los indios de aquel pueblo, y de los demás de la guardianía, son mayas algo serranos y montaraces, y dicen los viejos que se llama aquel lugar Xequelchakán por la razón siguiente: dicen que en tiempos antiguos aportaron a aquella costa, hacia el Río de Lagartos, setenta moros en una nao que debiera de haber corrido gran tormenta, y que entre éstos iba uno a quien los demás obedecían y respetaban, al cual llamaban Xequé, que en lengua morisca quiere decir el señor o el principal, y que teniendo los indios compasión dellos, los albergaron y hospedaron bien, y que ellos por señas les rogaron que los encaminasen para poder salir de aquella tierra y volver a la suya; los indios les dieron guías, avisando los caciques de unos pueblos a los de

otros que los tratasen bien y los encaminasen hasta ponerlos en Campeche, y que yendo los moros en busca de aquel puerto, llegaron al asiento de aquel pueblo que agora se llama Xequelchakán, que entonces eran unas sabanas y campos sin poblar, y que reparando allí, como ya habían vuelto en sí y engordado, olvidados del beneficio recibido, comenzaron a ensoberbecerse y tratar mal a los que los guiaban, matando algunos dellos, y haciéndoles otros males y agravios; visto esto por los indios, dieron luego aviso a los pueblos comarcanos, los cuales acudieron con sus armas y mataron a los pobres moros, y con ellos a su principal y caudillo, a quien como dicho es llamaban Xequé, y así dicen que de *xequé* y de *chakan*, (que en lengua maya, quiere decir sabana o llano o dehesa) se llamó aquel sitio Xequelchakán, que quiere decir el campo o dehesa del xequé, y que de allí tomó nombre el pueblo que fundaron en aquella dehesa, que es el que al presente se llama Xequelchakán. Crea desto cada uno lo que quisiere, que no es muy auténtico.

El convento, cuya vocación es de nuestro padre San Francisco, era una casita baja, sin claustro, con solas tres celdas y dos oficinas cubiertas todas de paja; sin éstas había una pieza de cal y canto, con azutea, en que rezan el oficio divino y tienen el santísimo sacramento, y pegada al convento está la capilla y ramada de los indios; hay en el convento una huerta muy pequeña, riégase con agua que se saca de un pozo, a brazo; para el pueblo hay una anoria, no lejos del convento, en el cual moraba sólo un religioso; visitóle el padre comisario, y detúvose allí aquel día y el siguiente.

Viernes dos de septiembre salió de Xequelchakán, y andada SEPTIEMBRE una legua de camino llano, aunque lleno de lodo y agua 1588 de la mucha que había llovido, pasó de largo antes que amaneciese por un pueblo pequeño de aquella guardianía llamado Tixpokmuch. Tenían hechas los indios algunas ramadas, pero no halló a nadie en ellas el padre comisario, porque no le aguardaban tan de mañana y estaba todo hecho una mar de agua; anduvo después otras dos leguas largas de tan mal camino y aun peor, y llegó al fin dellas a decir misa a otro buen pueblo de la misma guardianía llamado Tahnab, donde fue muy bien recibido con muchas danzas y bailes, cruces y andas, y música de flautas y trompetas; acudieron después los principales de aquel pueblo, y de otros dos que están allí cerca, con ofrendas de gallinas, calabazas, iguanas y melones, y pidieronle todos por una larga petición que les diese un fraile que estoviese de asiento en su pueblo y les dijese misa y administrase los santos sacramentos, y que ellos, aunque pocos, le sustentarian y servirían; respondióles el padre comisario lo que a los de

Maxcanú, pero como no vinieron frailes en aquella flota, tampoco se acudió a la petición destes como a la de los otros.

Aquel mismo viernes, dos de septiembre, a las once de la noche, salió el padre comisario de Tahnab, con una luna muy clara, y andadas siete leguas muy largas, que muchos las cuentan por ocho, llegó muy cansado al salir del sol, sábado tres del mismo, al convento de Campeche, donde fue recibido de los religiosos y de algunos indios, los cuales, no le esperando tan de mañana, estaban muy descuidados, y así se admiraron de verle. A las tres leguas y media de aquellas siete, hay una fuente junto al mismo camino, la cual, como queda dicho, es sola en aquella provincia, es de agua gruesa y un poco salobre, y en algunos remansos que hace cría muchas mojarra muy grandes y sabrosas y de mucha estima; defienden esta fuente muy bien los mosquitos que habitan alrededor della; cerca desta fuente está hecha una calzada y puente de piedra, para poder pasar una corriente de aguas y un cenagal que allí se hace cuando llueve mucho; hasta allí halló bueno el camino el padre comisario y le pasó bien, no obstante que le dio en qué entender un aguacero que cayó a aquella hora, pero desde la puente hasta Campeche todo era agua y barrizales y atascaderos muy malos y peligrosos, pero al fin los pasó todos sin que él ni ninguno de sus compañeros cayese ni se hiciese daño. A la entrada del pueblo de Campeche se pasa por una puente de madera un estero que hace allí la mar, y pasa por medio del pueblo; crece y mengua cada día con la misma mar, y por él bajan y suben algunos indios con sus canoas.

El convento de Campeche, cuya vocación es de nuestro padre San Francisco, es de los antiguos de la provincia, hecho de cal y canto, con su claustro alto y bajo, iglesia, dormitorios y celdas, pero todo estaba muy arruinado y se llovía, y aun se iba cayendo; junto a la iglesia está la ramada y capilla de los indios, dentro de un patio en que hay muchos naranjos. Hay en aquel convento una buena huerta y en ella muchos naranjos, limas, limones, granados, aguacates, zapotes, guayabos, cocos y mameyes de Santo Domingo y algunas palmas de dátiles; riégase todo esto y la hortaliza con agua salobre que se saca, con una anoria, de una como balsa poco apartada del mar, en la cual se crían muchas mojarra pequeñas y algunas tortugas; no lejos de esta balsa hay, en la misma huerta, un pozo de agua dulce y buena de beber. Está edificado aquel convento en la misma playa y ribera de la mar, de tal manera que bate el agua en las paredes del refectorio; hay allí un puerto muy grande y espacioso, pero por no ser hondable no pueden entrar en él si no barcas pequeñas. Pegado a este convento está el pueblo de los indios campechanos, que son como trescientos tributarios; es muy fresco y de muchos árboles, es-

pecial de naranjos, plátanos, guayabos, cocos, palmas, ciruelos y plátanos, y de unos que llevan una fruta pequeña y muy sabrosa, llamada guayas. Los de aquel pueblo, y de otros cuatro o cinco de aquella guardianía, difieren como atrás queda dicho de los demás de Yucatán en algunos vocablos, pero ellos entre sí unos a otros se entienden, y aprendida la lengua de Maya, con facilidad se aprende y sabe la de Campeche y al contrario. Sin estos pueblos tiene aquel convento otros tres o cuatro de los mayas, todos son gente devota y andan a su modo bien vestidos.

Un cuarto de legua deste convento está fundada una villa de españoles, en la misma ribera de la mar, de ochenta vecinos, de los cuales unos son encomenderos, otros mercaderes, otros marineros y barqueros, y pocos hay oficiales; tienen todos un cura clérigo que les administra los santos sacramentos, el cual también tiene a cargo un barrio llamado San Román, de indios mexicanos, de los que vinieron con los españoles a la conquista de aquella tierra. Predicó el padre comisario, a petición del cura, a los vecinos españoles; luego otro día como llegó allí en la iglesia de nuestro convento, y el día de la natividad de nuestra Señora predicó en una ermita que está en la misma playa, entre el convento y la villa, adonde acudió todo el pueblo en procesión, y con el un sermón y con el otro quedaron todos muy contentos y consolados. Moraban en aquel convento tres religiosos; visitóles el padre comisario y detúvose con ellos hasta los ocho del mismo mes de septiembre.

Catorce leguas de Campeche, hacia México, está el pueblo y puerto tan nombrado de Champotón, visita de aquel convento, donde en un río que allí entra en el mar se cogen y pescan muchos ostiones.

Otras catorce leguas poco más, hacia el mismo México está, en la misma ribera de la mar, otro pueblo llamado Tixchel, de indios mejor agestados y un poco más polidos y curiosos que los de Maya, los cuales hablan una lengua diferente llamada putunthán, y por otro nombre chontal, aunque en muchos vocablos se encuentra con la de Maya, y así, sabida la una, fácilmente se sabrá la otra. Hácense en aquel pueblo de Tixchel muy buenas cucharas, hostiarios, anillos, devanadores y otras cosas curiosas de conchas de tortugas, y hácense mosqueadores de pluma muy galanos. Dase mucho *copal*, que es el incienso de aquella tierra, y danse higos, piñas, plátanos y otras frutas de tierra caliente; había allí en Tixchel entonces un convento nuestro, de la vocación de la concepción de nuestra Señora, que era no más de una casa de paja en que moraban dos frailes, los cuales tenían también a cargo otros cuatro pueblos, los dos de la lengua de Tixchel, y uno de la lengua de Maya, y el otro de una y otra, pero todos son muy pocos. No pasó el padre comisario a este convento, por-

que cuando llegó al de Campeche se halló muy achacoso, y así envió a llamar a los frailes y los visitó en Campeche, y luego se volvieron a su casa. Había entonces en la provincia solos dos frailes que sabían aquella lengua, y el uno dellos era entonces guardián de aquel convento, el otro lo fue en aquel capítulo. Los indios principales de Tixchel vinieron a ver al padre comisario, con algunos presentes, y le pidieron, con muchos ruegos y humildad, que no les quitasen los frailes, porque lo temían, ofreciéndose a hacerles casa en que morasen; y lo mismo pidieron al tiempo del capítulo, alegando muchas razones, y así no se los quitaron, no obstante que por estar tan a trasmano, y ser tan pocos (porque entre todos no llegan a cuatrocientos tributarios) se trató y propuso en el capítulo que los dejaran.

Cincuenta leguas adelante de Tixchel está otra villa de españoles llamada Tabasco, de poca vecindad, del mismo obispado de Yucatán, en cuyo distrito está la Chontalpa, provincia muy rica de cacao y no menos poblada de mosquitos; no hay allí frailes nuestros, sino clérigos, y es alcaldía que se provee de España, y no está sujeta al gobernador de Yucatán, aunque es de aquel obispado.

[CAPÍTULO CLI]

De cómo el padre comisario general volvió al convento de Calkiní

Acabada la visita de Campeche y de Tixchel, para concluir la de los conventos que restaban, que eran seis, era necesario volver a Calkiní, por ser aquél el paso para ellos, y así, viernes nueve de septiembre, salió el padre comisario a media noche en punto de Campeche, y por el mismo camino que a la ida había llevado, volvió aquellas siete leguas hasta llegar al pueblo de Tahnab, donde fue tan bien recibido como la otra vez. Llegó muy cansado y quebrantado porque estaba el camino de las cuatro leguas últimas muy malo y pestilencial, lleno de barrizales, charcos y lodo; con todo esto dijo misa luego en llegando, que aún era muy de mañana, y detúvose allí todo aquel día, con que se rehizo para poder proseguir su viaje.

Sábado diez de septiembre salió de madrugada de aquel pueblo, y andadas dos leguas pasó por el otro, llamado Tixpokmuch, ya de día antes que el sol saliese: recibieronle los indios con música de trompetas y flau-